

Sus alaridos de rabia contra Voltaire no son menos absurdos. ¿Quién más que él combatió toda su vida el ateísmo y el materialismo? ¿Quién más que él salvó la idea de Dios y con ella la posibilidad de una religión? ¿Fueron, por ventura, los abates y los obispos que hacían la corte á las prostitutas reales? ¿La impureza data acaso de Voltaire? ¿Quiénes fueron sus primeros maestros? Los abates; y ¿dónde habían bebido la incredulidad y la impureza los ungidos del Señor? En el piadoso siglo del piadoso Luis XIV, ese modelo de principes cristianos, como lo llama el clero de Francia.

Mas ¿para qué insistir en esta contienda con gentes que no dicen lo que piensan ó no saben lo que dicen? Á las injurias que vomitan contra Voltaire no se debe contestar más que lo que Luciano decía á Júpiter: "Te enojas, ¡oh Júpiter! pues haces muy mal.," Importa, sin embargo, hacer constar que esas vociferaciones del odio clerical no encuentran acogida fuera de las sacristías. En cambio tenemos las apreciaciones de los grandes hombres que honran el espíritu humano. Uno de los más célebres escritores de la Alemania, un pensador cristiano, y bajo muchos conceptos el antipoda del satírico francés, Herder, coloca á Voltaire entre los *ángeles de la humanidad*; esta apreciación forma contraste con la del conde de Maistre y sus imitadores. Oigamos al filósofo alemán, el cual nos eleva por cima de las pequeñas pasiones en que se agitan las gentes de Iglesia y nos transporta al terreno apacible de la filosofía del siglo XVII. Y tengase en cuenta que Herder era poco aficionado á oír hablar del cristianismo con frívola ligereza, y no tenía simpatía alguna con el escepticismo, siendo como era un hombre de fe y de sentimiento. Pero esto no le impidió el ensalzar al genio que durante un siglo ejerció un imperio absoluto sobre el mundo civilizado, que fué leído en todas partes donde se leía, admirado por cuantos le leían ó le escuchaban, convirtiendo en sus discípulos á todos sus lectores. "¡Cuánto no ha hecho, exclama Herder, ese gran escritor por el bien de los hombres! Ha difundido la luz de la razón, el sentimiento de la humanidad, la tolerancia," (1).

Citemos también las palabras entusiastas de Goethe, el genio más grande de los tiempos mo-

(1) HERDER, *Auch, eine Philosophie der Geschichte der Menschheit*.

ernos: "La naturaleza creó en Voltaire el hombre más eminente, dotado de todas las cualidades que caracterizan y honran á su nación; le encargó representar á la Francia ante el universo... Voltaire será mirado siempre como el hombre más grande en literatura y como la creación quizá más admirable en todos los siglos del autor de la naturaleza, complaciéndose en reunir una sola vez, en la frágil organización humana, todas las variedades del talento, todas las glorias del genio, todas las fuerzas del pensamiento." Fácil nos sería multiplicar esos testimonios de admiración, que no se dirigen solamente al escritor, como dicen los católicos, sino que se dirigen al pensador, al filósofo, y, por lo tanto, al adversario del cristianismo histórico. Sucede á los partidarios del pasado que alguna vez reconocen el genio de Voltaire;—y ¿quién podría negarlo?—pero le maldicen como una inspiración del demonio, del orgullo y de la impureza, mientras que Goethe y Herder ven en el rey del siglo XVIII el dedo de la divinidad.

Voltaire ha recibido en nuestros días un homenaje más característico. Á Goethe, y en cierto modo á Herder, se les podría reprochar el que son cómplices de aquel á quien alaban; pero hé aquí un pensador cuyas convicciones cristianas nadie puede negar. Bordas-Desmoulins confundirá con su elevada razón las apreciaciones estrechas de los reaccionarios católicos: "Voltaire es el héroe de la emancipación universal de las naciones, dice aquel filósofo, y á nadie mejor que á él puede aplicarse el elogio, no muy merecido, con que honró á Montesquieu: el de haber hallado y devuelto á la humanidad los títulos que había perdido. Voltaire predicando la tolerancia, la libertad y la fraternidad, es más cristiano que Bossuet defendiendo la intolerancia y la tiranía. Si Voltaire sublevó á su siglo contra la revelación, fué porque los ministros de ésta rehusaban separarla de la intolerancia. Bossuet no vacila en calificar de herejía la negación de lo que él llama derecho de coacción, y celebra con entusiasmo la revocación del edicto de Nantes. Y, siendo así, ¿por qué extrañar que Voltaire, creyendo que la intolerancia era inherente á la revelación, las haya hecho objeto del mismo odio y haya jurado la destrucción de entrambas? Si Voltaire destruyó en Europa las creencias de muchas generaciones, fué para conquistar en toda la tierra los derechos de la razón á favor de las generacio-

nes futuras; y al socavar en las almas el imperio eterno del Cristo, fundó su imperio temporal," (1).

¿Qué distancia entre el pensador francés y los ultramontanos, que no saben más que maldecir una filosofía, última etapa de un gran movimiento cuyo espíritu, tendencia y resultados no comprenden, por más que estos últimos se hallen consignados en nuestras constituciones! También Bordas-Desmoulins se hace ilusión cuando cree que el cristianismo tradicional, encarnado en la Iglesia católica, repudiará un día el legado de intolerancia que abre un abismo entre la religión del pasado y las aspiraciones del porvenir. El catolicismo que el escritor francés quería reconciliar con la filosofía del siglo XVIII condena y condenará siempre esa filosofía como emanación del infierno: su dogma mismo le obliga á ello. ¿Acaso no es en nombre de su derecho divino en el que la Iglesia ha proscrito, condenado y quemado á los libres pensadores? Y ¿puede ella, sin abdicar y sin suicidarse, renunciar á su derecho divino y á su infalibilidad? Después de colocarse en el punto de vista de una religión humana, imperfecta, pero perfectible, nada es más fácil que comprender el papel de Voltaire para el desarrollo progresivo de la humanidad; y una vez comprendido, se le debe ensalzar; pero todo eso es imposible para los partidarios de una revelación milagrosa é inmutable. Y lo que hace cabalmente la gloria eterna de Voltaire es esa oposición fatal tanto como ciega entre la religión del pasado y el papel que aquél desempeñó.

II

El mismo Voltaire cuenta la célebre conversación que tuvo, siendo aún joven, con un magistrado ante el cual tuvo que comparecer á consecuencia de uno de sus inmortales folletos. El intendente de policía, Herault, hubo de decirle: "No conseguiréis destruir la religión cristiana."—"Lo veremos," respondió Voltaire (2). ¿Quién no conoce las siniestras palabras que, durante cierta época de su vida, empleó en toda su correspondencia? *Aplastad la infame*. "Ese estribillo de todas vuestras cartas, escribía D'Alembert, se me figura el De-

(1) BORDAS-DESMOULINS, *Discurso sobre Voltaire* (*Misceláneas*, p. 490 y siguientes).

(2) *Carta á D'Alembert*, de 20 de Junio de 1760 (*Euvres*, tomo LXII, p. 115).

lenda Cartago de Catón en el Senado romano," (1). Y Voltaire añade: "Nuestra principal ocupación en esta vida debe ser la de combatir á ese monstruo," (2). Es innegable que la guerra contra el catolicismo fué la tarea de toda su vida, y los primeros versos que hizo semejan una declaración de guerra á muerte. Se representó su *Edipo* en 1718; pues oigamos los versos que el poeta pone en boca de Jocasta contra los sacerdotes:

*« Ces organes du ciel sont-ils donc infallibles?
Un ministre saint les attache aux autels,
Ils approchent des dieux,—mais ils sont des mortels.
Pensez-vous qu'en effet, au gré de leur demande,
Du vol de leurs oiseaux la vérité dépende?...
Non, non, chercher ainsi l'auguste vérité,
C'est usurper les droits de la divinité.
Nos prêtres ne sont pas ce qu'un vain peuple pense:
Notre crédulité fait toute leur science » (a)*

Condorcet, el amigo y discípulo de Voltaire, enemigo tan encarnizado del catolicismo como su maestro, hace el comentario de esos célebres versos, y nos da á conocer el pensamiento íntimo del joven poeta que lanzaba ese audaz reto contra una Iglesia todavía omnipotente. "Desde el renacimiento de la filosofía, la religión cristiana no había sido atacada más que en Inglaterra: Leibnitz, Fontenelle y otros filósofos acusados de pensar libremente, la habían respetado en sus escritos. El mismo Bayle, por precaución de seguridad, al permitirse toda clase de objeciones, aparentaba que su objeto era probar que la revelación sola podía resolverlas. Entre los Ingleses, aquellos ataques tuvieron poco éxito y pocas consecuencias; la parte más influyente de la nación creyó que era útil dejar al pueblo en las tinieblas, é hicieron del respeto á la religión una especie de conveniencia social; pero Voltaire dirigió todos sus tiros á la religión católica, y una multitud de obras en las que alternativamente emplea la elocuencia, la discusión y sobre todo la sátira, se difundieron por Europa, bajo las distintas formas que ha podido inventar la necesidad de encubrir la verdad ó el deseo de hacerla picante. Su celo contra una religión á la cual consideraba

(1) *Carta á D'Alembert*, de 8 de Septiembre de 1762 (*Euvres*, tomo LXII, p. 292).

(2) *Carta á D'Alembert*, de 30 de Enero de 1762 (*Euvres*, tomo LXII, p. 268).

(a) ¿Acaso son infalibles esos órganos del cielo? Un santo ministerio los liga á los altares y se acercan á los dioses; pero ellos son mortales; ¿cómo efectivamente que la verdad dependa del vuelo de esos pájaros y tal como ellos la necesitan?... No, no; buscar de ese modo la augusta verdad es usurpar los derechos de Dios. Nuestros sacerdotes no son lo que el vulgo cree; nuestra credulidad es la que hace toda su ciencia.

como la única causa del fanatismo que había desolado la Europa, de la superstición que la había embrutecido, y como la fuente de los males que aquellos enemigos de la humanidad continuaban haciéndola, parecía que redoblaban su actividad y sus fuerzas. *Estoy cansado, decía un día, de oírles repetir que doce hombres han bastado para fundar el cristianismo, y tengo ganas de probarles que no se necesita más que uno para destruirle.* Es que ese uno se llamaba legión, y atacó todo el cristianismo: "La crítica de los libros que los cristianos mismos miran como inspirados, la historia de los dogmas que, desde el origen de esa religión, se han introducido sucesivamente, las querrelas ridículas ó sangrientas que han suscitado, los milagros, las profecías, los cuentos esparcidos en los historiadores eclesiásticos y legendarios, las guerras religiosas, las matanzas preceptuadas en nombre de Dios, las hogueras, los cadalsos levantados en Europa á la voz de los sacerdotes, la sangre de los reyes derramada á impulsos del puñal de los asesinos, todos esos objetos reaparecen sin cesar en todas sus obras bajo mil colores diferentes. Unas veces excitaba la indignación, otras hacía derramar lágrimas, y siempre prodigaba el ridículo. No temía presentar con frecuencia ante la vista los mismos cuadros y los mismos razonamientos. Se dice que me repito, escribía en una ocasión; pues bien, me repetiré hasta que se enmienden," (1).

Tan cierto es que la guerra contra la Iglesia es el objeto en Voltaire de toda su vida, que sin esa pasión no se podrían comprender sus escritos; y si no se tiene eso en cuenta, no se puede menos de formar una idea falsa de aquel genio prodigioso. Es poeta, pero no lo es á la manera de Racine ó de Goethe: no es partidario del arte por el arte; el teatro es para él una arma terrible de que se sirve para influir sobre los espectadores; lo que persigue es el fanatismo, lo que predica es la religión natural; y no es un artista, es un atleta, es el soldado del libre pensar. También es historiador, pero no creáis ver en él un narrador ni siquiera un filósofo imparcial; la historia en su mano es un acta de acusación contra la Iglesia; y no le comprenden los que le reprochan que su filosofía de la historia es falsa porque no está inspirada en la idea del pro-

greso: si hace una guerra implacable al pasado, es para destruirle; y ¿con qué fin sino con el de un porvenir mejor, que es su ideal? Se le acusa de ser cortesano de la monarquía absoluta: no se advierte que, si se digna hacer la corte á los reyes, es para recordarles continuamente que la Iglesia es el enemigo declarado del poder civil, y quiere ligar á los príncipes contra el enemigo común. En aquella existencia tan agitada, en aquella actividad tan múltiple, hay una admirable unidad; y su consigna de *aplataad la infame* se la encuentra en todas partes, en el poeta, en el historiador, en el filósofo, en el hombre y en el escritor.

La *infame*, ¿era la superstición ó el cristianismo? Esta duda la ha suscitado un ministro protestante, hombre de grandísima inteligencia, y Vinet responde: "El cristianismo," (1). Nosotros respondemos: no, es el fanatismo. Se preguntaba á Voltaire qué es lo que reemplazaría á las preocupaciones que tanto se empeñaba en destruir, y respondió: *Os he librado de una bestia feroz que os devoraba; ¿me preguntáis qué es lo que pongo en su lugar?* (2). Esta *bestia feroz* no es el cristianismo de Jesucristo; es el cristianismo que existía en los países católicos en el siglo XVIII; es el catolicismo, pero degenerado y decrepito, sin la fuerza de que estaba animado en la edad media; es el catolicismo que se contenta con gozar sus rentas, y no habla á los pueblos más que para denunciar el libre pensamiento, y no se dirige á los reyes más que para adularlos, halagando sus mayores vicios para dominarlos y para explotar el mundo con su ayuda. Esa es la *bestia feroz* con la que luchó Voltaire toda su vida cuerpo á cuerpo. Él mismo nos lo va á decir.

III

¿Qué es lo que constituye hoy día la debilidad de la Iglesia y la fuerza de sus contrarios? Los libres pensadores han estado siempre en minoría, y, sin embargo, en las luchas electorales, donde las clases inferiores están en mayoría, la Iglesia sale siempre derrotada, por lo menos allí donde hay un elemento intelectual en las ciudades; y si conserva

(1) VINET, *Historia de la literatura francesa en el siglo XVIII*, tomo II, p. 8.

(2) CONDORCET, *Vida de Voltaire* (VOLTAIRE, *Œuvres*, tomo LXIV, p. 167).

su influencia en las poblaciones rurales, es porque tiene buen cuidado de sostener en ellas la ignorancia y la estupidez. Y aun sería derrotada en las aldeas, si la Iglesia no tuviese por aliada una aristocracia territorial más ignorante todavía que sus mismos colonos. Y ¿por qué sucede así? ¿Por qué los electores, aun cuando sean católicos, votan contra el partido clerical? Porque hay una antipatía instintiva, pero profunda, hasta en las clases menos civilizadas contra la dominación del clero. Y como la Iglesia aspira á la dominación por su misma índole, y dejaría de existir si renunciase á su eterna ambición... resulta de ahí una lucha incesante entre la sociedad, que resiste el yugo sacerdotal, y la Iglesia, á quien su tradición y su índole obligan á sostener ese yugo. Y la lucha no cesará más que con la ruina ó la transformación del catolicismo.

Lo que está pasando hoy nos explica lo que pasaba en el siglo XVIII. Sólo hay que añadir un elemento de división y de odio que ha desaparecido, merced á la filosofía y á la revolución. Hoy somos libres, en tanto que los filósofos tuvieron que conquistar nuestra libertad. La Iglesia, aun cuando decrepita, conservaba sus inmensas riquezas y una grande influencia á virtud de su alianza con el trono; encadenaba y perseguía al libre pensar, y de ahí la pasión que animaba á los combatientes. Por lo demás, los sentimientos y las ideas que inspiraban á los filósofos eran los nuestros: era una rebelión contra una dominación que ya no tenía razón de ser. Voltaire va á abrirnos los pliegues más secretos de su alma en una carta de intimidad que escribió en 1765 á la marquesa de Defand:

"Me habláis de mis pasiones, señora; os declaro que la de averiguar una cosa tan importante ha sido mi pasión más vehemente. Cuanto más me van acercando al término de la vida mis años y la flaqueza de mi temperamento, más me apremia el deber de averiguar si podrían tener ó no alguna razón tantos escritores célebres, desde Jerónimo y Agustín hasta Pascal. Y he visto claramente que no tenían ninguna, y que no eran más que abogados sutiles y vehementes de la peor de todas las causas. Os confesaré también que mi grande amor á la verdad y mi horror á las inteligencias imperiosas que han querido subyugar nuestra razón son los vínculos principales que me unen á ciertos hombres (los enciclopedistas), á los cuales amaríais si

los conocieseis. El difunto abate Bazin (1) no hubiera escrito sobre estas materias si los maestros del error se hubieran contentado con decirnos: Bien sabemos que lo que enseñamos son necedades, pero nuestras fábulas no valen menos que las de otros pueblos; dejádnos encadenar á los necios, y riámonos juntos; entonces se podría uno callar. *Pero han unido la arrogancia á la mentira, han querido dominar sobre las almas, y se rebela uno contra esa tiranía*," (2).

Los filósofos del siglo XVIII son esclavos que se sublevan contra sus tiranos. La tiranía contra la cual se sublevan ha nacido con la Iglesia, cuya historia, más que la de los reyes, es el martirologio de la humanidad. Y lo que oprime es el más bello don de Dios, el libre pensar. Lo que es un derecho divino, aquello que los verdaderos discípulos del Cristo miran hoy como un deber, es un crimen á los ojos de la Iglesia, la cual califica de herejía la investigación de la verdad y la noble obstinación de aquellos que la han encontrado por mantenerla enfrente de todos y contra todos. Uno de los hombres á quienes Voltaire acusa de haberse engañado y de haber engañado al mundo, San Agustín, extraviado por su fe, formuló la teoría de la persecución, y legó esa arma terrible á una Iglesia que, más que ninguna otra, tiene la ambición del poder. La historia nos enseña el uso que hicieron los papas de la verdad absoluta cuyos órganos pretendían ser: las cruzadas contra los herejes, los calabozos y las hogueras de la Inquisición explican bien el respeto de la Iglesia romana á la libertad de pensar. Sin embargo, los libres pensadores de la edad media, si aquel nombre puede darse á los herejes, eran cristianos; y Roma sublevó á los reyes y á los pueblos en el siglo XVI contra los discípulos del Cristo, y la sangre corrió en toda Europa para aniquilar la Reforma, aun cuando los reformados fueran más cristianos que el papa. Es que la Reforma atacaba á la dominación secular de Roma, y sus partidarios no retrocedieron ante el crimen; la Saint-Barthélemy espantará á la posteridad más remota, y no es menos horrible la conspiración de la pólvora: crímenes inútiles, como todos los crímenes, caen sobre la cabeza del culpable, sin que saque de ellos el provecho que buscaba.

(1) Este era el pseudónimo favorito de Voltaire.

(2) Carta de Marzo de 1765 (*Œuvres*, t. LIII, p. 65).

La Iglesia, no sólo ataca la razón, sino que amengua la independencia de las naciones lo mismo que la del pensamiento. Oigamos á Voltaire, quien os dirá que, si hacía la guerra á la Iglesia, era porque quería la independencia de la sociedad laica. ¿Quién no conoce los horrores de la Liga, en la cual quiere verse hoy una manifestación del espíritu de libertad? ¡La libertad! Voltaire enumera los doctores en teología que predicaron el asesinato y la matanza: cita al doctor Bourgoing, de quien se dice que hizo bajar una estatua de la Virgen para alentar á Jacobo Clemente al parricidio, y cita á los setenta doctores de la Sorbona que, en nombre del Espíritu Santo, declararon que los súbditos estaban desligados del juramento de fidelidad. ¿Era el interés de la religión el que les inspiraba? "Cuando Enrique IV preparaba su abjuración, y cuando algunos ciudadanos acudieron á él, á fin de concertarse en algún modo con el grande hombre, con aquel buen rey conquistador y padre de la Francia, la facultad de teología, reunida en pleno, condenó la instancia como *inepta, sediciosa, imría, absurda é inútil, en atención á que era conocida la tenacidad de Enrique el relapso*. É hizo más la facultad: declaró expresamente que cuantos hablasen de convencer al rey á que profesase la religión católica serían *perjurios, sediciosos, perturbadores del reino, herejes, fautores y sospechosos de herejía, y que podrían ser desterrados de la ciudad por temor de que tan pestilentes bestias no infectasen todo el rebaño*." Bendigamos á los filósofos, añade Voltaire, que han enseñado á los hombres que es preciso dar sus bienes y su vida por su rey, sea cualquiera la religión que profese, así fuera ella la de Mahoma, la de Confucio, la de Brahma ó la de Zoroastro (1).

En el siglo XVIII se concentraba en la Compañía de Jesús el odio de que era objeto el catolicismo. Verdad es que los jesuitas se hallaban en decadencia, pero sufrían la pena de su pecado. Voltaire era su discípulo, y hé aquí de lo que acusa á sus maestros: "De haber puesto el puñal en la mano de Juan Chatel, de haber obligado al gran Enrique IV á decir al duque de Sully que quería mejor atraerlos y hacerse amigos que estar continuamente expuesto al puñal y al veneno." Los acusa también "de ser soldados de toga, espías de to-

(1) Discurso de M. Belleguier (*Philosophie*, t. 1; *Œuvres*, tomo XXIX, p. 516).

das las cortes, enemigos de todos reyes, traidores á todas las patrias," (1). Esta era ya historia antigua cuando Voltaire escribía ese capítulo de cargo; pero con su admirable buen sentido observa que la historia antigua puede muy bien ser de un día á otro historia actual si no se corta el mal en su raíz: ¿no era Voltaire contemporáneo de la revocación del edicto de Nantes y de las dragonadas?

IV

Ya sabemos ahora por qué Voltaire hacía guerra á muerte á la Iglesia; lo repetirá más de una vez, y nosotros responderemos como él á los que nos reprochen esas repeticiones; y puesto que no se cesa de calumniar á un gran genio, tampoco nosotros cesaremos de defenderle, y el mejor medio de hacerlo es dejarle hablar. La dominación de la Iglesia, que Voltaire combate á brazo partido, encuentra hoy defensores en el campo de la filosofía; y no es que la legitimen en sí misma, pero la justifican en razón á las circunstancias históricas en que tuvo lugar. Esa imparcial equidad tiene un escollo, el de que no reprueba con bastante energía la usurpación de que es culpable la Iglesia. El siglo XVIII no tenía ni podía tener nuestra justicia, la cual depende en mucha parte de nuestra indiferencia; empeñados en una lucha suprema con el pasado, los filósofos no estaban nada propensos á embellecerle, y, por el contrario, patentizaban todo cuanto hay de odioso, de absurdo y de ridículo en la dominación de la Iglesia. Aquel no era más que un lado del cuadro; pero, salvo la exageración de los colores, está pintado al natural.

"Las usurpaciones de la corte romana, dice Voltaire, son grandes y ruinosas; sus pretensiones son innumerables; y ¿en que están fundadas? ¿Por qué había de ser el obispo de Roma el déspota de la Iglesia, el soberano de las leyes y de los reyes? ¿Es porque Jesucristo dijera expresamente: *No habrá entre vosotros ni primero ni último?* es porque dijese *que aquel que quisiera elevarse por cima de sus hermanos estaría obligado á servirles?*" Voltaire gusta de insistir en el papado de San Pedro, porque nada hay más dudoso que la residencia del apóstol

(1) Discurso de M. Belleguier (*Philosophie*, t. 1; *Œuvres*, tomo XXIX, p. 517).

tol en Roma, y porque estúpidos escritores han encontrado el medio de añadir á lo dudoso lo ridículo: "Autores que están muy lejos de ser analistas, como de Thou, dicen que Simón Barjona, por otro nombre Pedro, vino á Roma en tiempo del emperador Nerón; que allí encontró á Simón el Mago; que se cumplieron mutuamente por medio de sus perros, que disputaron sobre quién resucitaría á un pariente de Nerón que acababa de morir; que Simón el Mago no consiguió la resurrección más que á medias, mientras que el otro Simón la realizó por entero; que después se desafiaron á quién volaría más alto por el aire en presencia del emperador; que Simón Pedro, haciendo la señal de la cruz, hizo caer á su adversario cuando iba por los aires, lo que fué causa de que se rompiera las piernas; y que San Pedro, habiendo reinado veinticinco años bajo Nerón, que no reinó más que trece años, fué crucificado con la cabeza para abajo." ¿Es posible, exclama Voltaire, que la imbecilidad humana haya fundado sobre semejantes cuentos, aun en los tiempos bárbaros, el poder más grande que jamás ha oprimido á la tierra y al mismo tiempo el más sagrado?

Pero aún hay algo más odioso que esas miserables invenciones de la brutalidad clerical; son los fraudes en que se ha apoyado para autorizar una dominación injusta. "Causa indignación, dice Voltaire, el considerar ese cúmulo de imposturas con cuya urdimbre se ha formado la tiara que ha oprimido á tantos cetos. No quiero hablar de las falsas constituciones apostólicas, de las citas falsas, de los malos versos atribuidos á las pretendidas sibilas, de las falsas cartas de San Pablo á Séneca, de los falsos reconocimientos del papa Clemente y de ese inmenso número de fraudes que en otro tiempo se llamaban piadosos; hablo sólo de la pretendida donación de Constantino, esa obra del siglo IX, y que se obligaba á creer bajo pena de excomunión; hablo de las absurdas decretales que han sido durante largo tiempo el fundamento del derecho canónico, y que han corrompido la jurisprudencia de la Europa; y de la pretendida concesión de la Cerdeña y de la Sicilia hecha al obispo de Roma por Carlomagno, que jamás poseyó aquellos países. Cada año se añadía un eslabón á la cadena con que ataba á los pueblos ignorantes la ambición vestida de hábitos religiosos. No se puede dar un paso en la historia sin encontrar la

huella de ese desprecio con que Roma trataba al género humano, no dignándose ni aun emplear la verosimilitud para engañarle," (1).

Los defensores de la Iglesia han hecho de moda el burlarse de la ignorancia de Voltaire: sabía poco griego, dice el conde de Maistre, y no tenía ninguna buena edición de los autores antiguos ni de los Padres de la Iglesia. Si sabía poco griego, será que sus maestros, los jesuitas, no le hubiesen enseñado más, y si ignoraba las cosas pequeñas, sabía admirablemente las grandes; con más ciencia, hubiera aumentado la confusión y la vergüenza de la Iglesia. De haber sido más docto, Voltaire hubiera aumentado el capítulo de las falsedades con algunos artículos harto curiosos, y hubiera demostrado que la Iglesia fabricó falsos milagros para establecer y difundir el famoso misterio de la transubstanciación. Pero lo que dice Voltaire basta y sobra; en su capítulo de cargos no hay una palabra contra los falsarios clericales que no sea verdad, no hay un calificativo que sea exagerado. Hay, pues, una potestad que se llama sagrada, que osa decir que está instituida por Dios, que está reverenciada por la imbecilidad humana á título de ser el obligado intermediario entre el cielo y la tierra; y los títulos de esa potestad son errores, mentiras y falsedades! Ya no podría ser de otro modo: la revelación en que está fundado el poder de la Iglesia, ¿no es un largo error del espíritu humano sostenido por la impostura? Y las armas del error interesado, ¿no son las del fraude y el engaño?

Voltaire avergüenza á los reyes por haberse dejado dominar de esos impostores, y pregunta si no tienen derecho todos los Estados á gobernarse á sí mismos sin depender de ninguna potencia extranjera, á menos de estar compuestos de imbeciles y de cobardes. Sin embargo, la Inglaterra ha sido vasalla de un legado *ad latere*, ante el cual se arrodilló el rey Juan, prestando juramento de fidelidad y homenaje al obispo de Roma, vicario de Dios y servidor de sus servidores. No hay reino en Europa que no haya concedido el obispo de Roma en virtud de su humilde y santa potestad; y bien sabido es el número de emperadores que han sido depuestos, ó forzados á pedir perdón, ó asesinados, ó envenenados en virtud de una bula.

(1) *La voz de las naciones (Política y Legislación*, t. 1; *Œuvres*, tomo XXVI, p. 130-132).

Y no solamente eso, sino que el servidor de los servidores de Dios, al conceder reinos, ha retenido el dominio eminente y el dominio útil, puesto que no hay ninguno de aquéllos sobre el cual no haya levantado diezmos y tributos de toda especie. "Me quedo absorto, dice Voltaire, cuando veo que subsisten todavía las huellas de la antigua superstición. ¿Por qué extraña fatalidad casi todos los príncipes se sometieron así, durante siglos, al yugo que se les imponía? Y se contesta que era por ignorancia: "Los reyes y los barones no sabían leer ni escribir, y la corte de Roma sabía; esto sólo le dió esa prodigiosa superioridad cuyos preciosos restos aun conserva. Hé ahí cómo se verificó que los príncipes se sometiesen á unos cuantos juglares," (1).

El ridículo es el arma favorita de Voltaire, y de ella se sirvió para destruir el resto de poder que quedaba á la Iglesia. En una de sus más bellas composiciones saca á la escena á Luciano y á Erasmo; éste da á leer al Voltaire griego su *Tratado de la locura*, y Luciano se echa á reír; á este tiempo llega Rabelais y dice: "Señores, cuando se rie yo no estoy demás: ¿de qué se trata?—*Luciano y Erasmo*: De extravagancias.—*Rabelais*: ¡Ah! pues aquí tenéis vuestro camarada." Luciano pregunta á su amigo el humanista quién es aquel advenedizo, y después interpela á Rabelais: "¿Habíais hecho voto, como Erasmo, de vivir á expensas de los demás?—Doblemente, responde el Franco, porque yo he sido sacerdote y médico, porque yo nací muy juicioso y llegué á ser muy docto, tan docto como Erasmo; y viendo que la sabiduría y la ciencia no conducían generalmente más que al hospital ó al suplicio, y viendo que hasta el chistoso Erasmo se veía alguna vez perseguido, determiné hacerme más bobo que todos mis compatriotas juntos; compuse un gran libro de cuentos que hacían dormir á uno de pies, lleno de porquerías, en el cual puse en ridículo todas las supersticiones, todas las ceremonias, todo lo que se reverenciaba en mi país; dediqué mi libro á un cardenal é hice reír á los mismos que me despreciaban.—¿Qué es un cardenal? pregunta Luciano.—Es un sacerdote vestido de encarnado, responde Erasmo, á quien se le dan cien mil escudos de renta por no hacer nada.—Pues convendréis al menos, dice Luciano, que

los tales cardenales saben lo que se hacen, y dista mucho de ser cierto que todos vuestros conciudadanos fuesen tan tontos como decís.—Los cardenales, responde Erasmo, tenían otra especie de locura, la de dominar; y como es más fácil subyugar á necios que á gentes instruidas, quisieron apabullar la razón que comenzaba á levantar la cabeza." Luciano se aflige de la bestialidad humana: "Todo lo que me decís, replicó, me confirma en la opinión de que valía más vivir en mi siglo que no en el vuestro. Esos cardenales de que me habláis serían los señores del mundo entero, puesto que mandaban á locos.—No, dijo Rabelais, había un viejo loco por cima de ellos.—¿Cómo se llamaba? preguntó Luciano.—Un *papegaut*, respondió Rabelais. La locura de ese hombre consistía en llamarse infalible y jefe de los reyes, y lo había hecho decir y repetir y gritar tanto por los monjes, que, al fin, casi toda la Europa lo creyó. ¡Ah! cuánto le ensalzáis sobre nosotros en demencia, exclamó Luciano. Las fábulas de Júpiter, de Neptuno y de Plutón, de las que yo me burlé tanto, eran cosas respetables en comparación de las tonterías con que vuestro mundo ha estado infatuado," (1).

Esta era también la opinión de Voltaire, pero trataba de abrir los ojos de los más ciegos. Las tinieblas de la ignorancia se disiparían: "Y cuando esa lepra disminuyó entre los magistrados y entre los principales ciudadanos, se miró de frente al ídolo ante el cual se había humillado la cabeza; y en lugar de homenajes, la mitad de la Europa devolvió ultraje por ultraje al servidor de los servidores de Dios, y la otra mitad, que aun le besa los pies, le ata las manos." Voltaire apela á su audacia y dice: "No se conocen sus fuerzas; el que hubiera propuesto hace cincuenta años expulsar á los jesuitas de tantos Estados católicos, habría pasado por el más visionario de los hombres. Ese coloso tenía un pie en Roma y el otro en el Paraguay; tenía entre sus brazos mil provincias y elevaba su cabeza hasta el cielo. Yo he pasado y ya no existía," (2). ¡Que no tengamos un Voltaire para dar un poco de aliento á nuestra generación medrosa que teme de todo! ¡No vemos que es nuestra cobardía la que constituye la fuerza de la Iglesia! ¿Quién llena sus templos más que los memos y los

(1) *Diálogos*, x (*Œuvres*, t. xxxii, p. 75-77).

(2) *Cómo todo Estado debe ser independiente* (*Diálogos*, *Œuvres*, tomo xxxii, p. 318).

imbéciles? Gentes que tienen miedo ó que hacen su corte á los ministros de Dios, no para que éstos les abran las puertas del cielo—de esto apenas se cuidan,—sino porque todavía son temibles en este mundo; y así es como se perpetúa el imperio de la superstición. ¡Si tuviéramos audacia, ese imperio no duraría veinticuatro horas!

V

La Iglesia nos vuelve á llevar al cristianismo. Si Voltaire combate á la religión es por la misma causa por que combate á la Iglesia: "Es evidente, dice, que la religión cristiana es una red en la cual los bribones han envuelto á los tontos durante más de diez y siete siglos, y un puñal con el cual los fanáticos han degollado á sus hermanos durante catorce siglos (1). Cualquiera que reflexione verá que el fin de tantas truhanerías no ha sido otro que el de enriquecerse á nuestras expensas y levantar el trono de la ambición sobre el estrado de nuestra simplaza. Por espacio de diez y seis siglos se han empleado la superchería, la mentira, los subterfugios, las prisiones, los tormentos, el hierro y el fuego, para que tal ó cual fraile tuviera cuarenta mil francos de renta, y para que el obispo de Roma usurpase el trono de los Césares, y para que los reyes no reinasen sino según el antojo de un malvado adúltero y envenenador, tal como Alejandro VI, ó de un hombre relajado, tal como León X, ó de un asesino, tal como Julio II, ó de un viejo imbécil, como muchos de los que le sucedieron. Ya es hora de romper el yugo infame que la estupidez ha puesto sobre nuestro cuello y que la razón sacude con todas sus fuerzas; ya es tiempo de imponer silencio á los necios fanáticos, pagados para anunciar esas imposturas sacrílegas, y reducirles á que prediquen la moral que viene de Dios, la justicia que está en Dios, la bondad que es la esencia de Dios, y no dogmas impertinentes que son obra de los hombres. Ya es tiempo de consolar á la tierra bañada en sangre por canibales disfrazados de sacerdotes y de jueces; ya es tiempo de escuchar á la naturaleza que, desde hace siglos, esta clamando: No persigáis á mis hijos por

simplezas. Ya es tiempo, en fin, de servir á Dios sin ultrajarle," (1).

Voltaire no ve en las creencias cristianas y en los misterios más que simplezas é impertinencias; y no se hubiera ocupado de ellas más que para reirse, si, decoradas con el nombre de dogmas, no hubiesen servido á explotar la credulidad humana y á perseguir y cazar como bestias gravas á los que no querían someterse al yugo. Hé ahí en dos palabras la razón de esa guerra de setenta años que Voltaire hizo al cristianismo y que los beatos le increpan como un crimen, como un sacrilegio. ¿Está recargado el cuadro? ¡Ah! cuanto más se profundice la historia, más crímenes se descubren cometidos en nombre de la religión por impostores y malvados; y cuanto más se estudien los dogmas, más en contradicción se les encuentra con el buen sentido. Entonces se comprende lo que Voltaire escribía á Federico II: "Mientras que haya bribones y tontos habrá religión, y la nuestra es sin duda alguna la más ridícula, la más absurda y la más sanguinaria de todas las que han infestado al mundo," (2). No nos apresuremos á llamar á eso impiedad é injusticia. Estamos educados y alimentados desde la infancia con esas naderías, y el hábito, tan poderoso en el hombre, nos hace aceptar sin gran repugnancia dogmas ante los cuales retrocederíamos con horror si por primera vez nos los enseñasen cuando hubiésemos llegado á la edad de la razón. Voltaire ha descubierto todo lo que hay de ridículo en la teología cristiana, presentándonos las luchas de los misioneros de diversas sectas en China. Hizolo en un bonito libro que lo escribió riendo. Analizaremos esa ingeniosa ficción, para el uso de algunos de nuestros lectores que quizá nos acusen de irrespetuosos á las simplezas teológicas.

Á todo señor todo honor. La China es el patrimonio de los jesuitas, y un reverendo padre toma la palabra: "Ya os lo he dicho, amados hermanos; nuestro Señor quiere hacer de todos los hombres vasos de elección, y el serlo no depende más que de vosotros; no tenéis más que creer en el acto todo cuanto os diga; sois dueños de vuestra inteligencia, de vuestro corazón, de vuestras ideas, de

(1) *Suplemento al discurso de Julien* (*Philosophie*, *Œuvres*, tomo xxx, p. 660).

(2) *Carta* de 5 de Enero de 1767.

(1) *De la paz perpetua*, art. 31 (*Œuvres*, t. xxvi, p. 70).